

## **El pacifismo obrero durante la II República: el Congreso Mundial contra la guerra. Papel de los intelectuales y consignas de partido**

MARÍA DE LOS ANGELES EGIDO LEÓN

### **LA REACCION DE POSTGUERRA: LA "LITERATURA DE GUERRA" Y EL MOVIMIENTO PACIFISTA INTERNACIONAL**

Después de la primera guerra mundial se produjo una reacción pacifista propia, por otra parte, de toda postguerra, aunque exacerbada por la propaganda que había presentado la de 1914 como la última de todas las guerras. Lejos de ello, el mundo parecía caminar hacia una nueva contienda. Ni los tratados ni las garantías internacionales, detalladas en el Pacto de la Sociedad de Naciones, parecían capaces de impedirla, y la propaganda en semanarios y revistas hacía hincapié en los peligros de la guerra moderna (gases, aviación..), a la vez que difundía los remedios para combatirla (refugios antiaéreos, máscaras anti-gas).

En medio de este clima de tensión controlada comienza a desarrollarse la campaña pacifista, orquestada especialmente desde la izquierda, en la que jugaron un papel destacado los intelectuales, concretamente en un primer momento los novelistas. La llamada "literatura de guerra", entre la que sobresale por su repercusión internacional la novela de Erich M. Remarque *Sin novedad en el frente*, pretendía disuadir a las nuevas generaciones del sentimiento belicista, presentando la guerra en toda su crudeza y liberándola a la vez de la carga heroica y romántica con que la había presentado la literatura "burguesa". *Cuatro de Infantería* de Ernest Johanssen, *Los que teníamos doce años* de Ernest Glaeser, *El sargento Grischa* de Arnold Zweig, *Tres soldados* de John Dos Passos o *El Fuego* de Henri Barbusse, editados en España por Cenit, son títulos ilustrativos de esta nueva tendencia. La tesis que subyacía en todos ellos era la culpabilidad del capitalismo. La guerra no era, en último término, sino un gran negocio,

aunque se encubriese con ideales de heroísmo o propósitos chauvinistas que no escondían más que los intereses económicos de las grandes potencias y la rapacidad imperialista. Su objetivo era llevar este convencimiento a las masas para que fueran capaces de reaccionar colectivamente ante una nueva contienda.

Sin embargo, el papel de los intelectuales en la lucha contra la guerra no se ceñiría sólo al campo de la novela, desarrollándose un auténtico movimiento pacifista internacional, impulsado en gran medida por intelectuales de izquierda, aunque no siempre afiliados al partido comunista, y encauzado desde la Unión Soviética. ¿Por qué este protagonismo? Las razones que parecen más evidentes a primera vista derivan de la propia reacción del Estado soviético tras la revolución. Los bolcheviques habían firmado la paz por separado en Brest-Litovsk, desligándose así de los compromisos contraídos por el Estado zarista con los aliados y violando el tratado de Londres. El régimen soviético debía justificar ante el mundo y ante sus prosélitos su actitud, un tanto egoísta, y lo hizo enarbolando la consigna del pacifismo a ultranza. Existía, por otra parte, sobre todo en los primeros momentos de afianzamiento del régimen, un temor a la invasión de los aliados, en buena parte justificado por la ayuda europea a la Rusia blanca. De ahí la postura adoptada en el XV Congreso de PC (diciembre de 1927) presentando el primer plan quinquenal, el propósito de industrialización y los sacrificios de él derivados como una defensa contra el peligro de invasión de la URSS por las potencias capitalistas. En la propaganda oficialista este temor se enmascaraba con el argumento político: Rusia era la patria del proletariado mundial, la gran esperanza revolucionaria. De ahí su condición de “amenaza” para Occidente y de ahí el interés de los regímenes capitalistas en destruirla. No es extraño, pues, que en los programas comunistas afiliados o simpatizantes de la III Internacional la consigna del pacifismo apareciera indisolublemente unida a la defensa de la URSS.

En lo que respecta a los intelectuales, los “compañeros de viaje”, según la expresión de Trotsky, la posición se definió en noviembre de 1930 al celebrarse en Jarkov la conferencia de escritores proletarios y revolucionarios. Allí se presentaron las llamadas “tesis de Jarkov” en las que se trataba de poner al día las directrices del partido respecto al arte y la literatura. En la reunión del Comité Central del PC alemán, Thälman proclamará dos años más tarde como política de partido la defensa de la URSS contra el peligro imperialista. La revista *Die Linkskurve*, órgano de la “Asociación de Escritores Revolucionarios y Proletarios” alemanes, afirmará en su número de abril el compromiso de los escritores revolucionarios en la lucha contra el peligro imperialista: “un escritor que no se comprometa, no

es un escritor proletario y revolucionario”<sup>1</sup>. En marzo de 1932 se constituiría en París, de acuerdo con este espíritu, la “Association des Ecrivains et Artistes Revolutionnaires” (AEAR), en un acto presidido por Paul Vaillant Couturier con Henri Barbusse y Romain Rolland, que tenía todas las características de filial de la “Unión Internacional de Escritores Revolucionarios” (MORP), controlada más o menos directamente por la “Asociación de Escritores Proletarios” soviéticos (RAPP).

El 23 de abril de 1932 el PC de la URSS en un documento oficial aconsejaba una actitud contemporizadora con los “compañeros de viaje”, tendente a contrarrestar el “con nosotros o contra nosotros” que había presidido hasta entonces la relación de los rusos con los intelectuales de otros países. De este modo, la Unión Soviética reinvertía en beneficio de su opción política el compromiso de los intelectuales europeos que había aparecido desde el primer momento con connotaciones claramente anti-capitalistas, aunque no expresamente prosoviéticas. La actitud de la AEAR francesa, simpatizante pero no expresamente dependiente del PC, marcará el rumbo de otras asociaciones similares que habían nacido en Europa al calor de la soviética. En España, esta actitud se halla en la base de las iniciativas de intelectuales como Rafael Alberti fundador, junto con M.<sup>a</sup> Teresa León, de la revista *Octubre*, que se titulaba “escritores y artistas revolucionarios”.

## REPERCUSION EN ESPAÑA: INICIATIVAS DE LOS INTELLECTUALES ESPAÑOLES

El compromiso de los intelectuales españoles no sólo fue mucho más tardío sino que tuvo en principio un carácter más acusadamente social<sup>2</sup>. No puede hablarse, por ejemplo, de una “novela de guerra” con las características de la europea, salvo tal vez con la excepción de *Imán* de Ramón J. Sender, que constituyó un auténtico éxito de venta<sup>3</sup>, aunque su denun-

<sup>1</sup> Cit. por E. MONTERO, en *Octubre: revelación de una revista mítica*, prólogo a la edición facsimilar, pág. XIII.

<sup>2</sup> Vid. J.C. MAINER BAQUE, *La edad de plata*, Cátedra, Madrid, 1981, págs. 270-272; y E. G. NORA, *La novela española contemporánea (1927-1939)* Gredos, Madrid, 1979, vol. 2, págs. 436-442.

<sup>3</sup> J. ESTEBAN, “Editoriales y libros de la España de los años 30”, *Cuadernos para el diálogo*, Extra XXXII, diciembre, 1972. De *Imán* se hizo una edición popular, con un precio simbólico, de la que se vendieron 25.000 ejemplares en España. Además fue un auténtico *best-seller* mundial: en 1934 se habían vendido 20.000 ejemplares de la edición alemana, 15.000 de la inglesa, 8.000 de la holandesa y 55.000 de la soviética.

cia apasionada y violenta de la guerra de Marruecos sólo puede incluirse en ese tipo de literatura en lo que tiene de descripción del detalle crudo y exacto de la realidad. Habría que esperar a junio de 1931 para que, tras el discurso de Armesto en el Ateneo madrileño, se iniciase la aproximación de los intelectuales españoles a las grandes corrientes de la literatura europea revolucionaria. Por otra parte, al igual que en el ámbito europeo, el compromiso de los intelectuales españoles sería especialmente impulsado desde sectores comunistas o simpatizantes del comunismo, aunque el movimiento pacifista no será ni mucho menos exclusivo de aquéllos.

Precisamente, la “Unión Cultural Proletaria”, primer antecedente significativo del compromiso de los intelectuales españoles, nació en 1922 de la iniciativa de un grupo expulsado por su radicalismo del PCE. A tenor de este hecho, el programa de la UCP, impulsada directamente por Angel Pumarega, será muy exclusivista, rechazando “rigurosamente a los elementos burgueses o semiburgueses que, bajo la capa de ‘intelectuales’, pretendieron penetrar en su seno para difundir la ideología democrática y el reformismo”<sup>4</sup>. Este excesivo celo proletarizante y el régimen de Primo de Rivera acabaron por aislarla y hacerla fracasar. No obstante, subsistió de aquel empeño la revista *Post-guerra* (1927-1928) que estuvo dedicada “en general, a defender los intereses de todos los trabajadores y, en particular, a combatir las influencias burguesas y reaccionarias en las artes y literatura”<sup>5</sup>. El mismo grupo impulsor de la revista optaría, favorecido por la ingenua disposición del dictador que permitía la publicación sin censura previa de todo volumen superior a 200 páginas, en la creencia de que por ello llegaría a pocas personas, por fundar una editorial: **Oriente**, que se propuso traducir obras de avanzada y pronto se asombró de su éxito.

Tras sus pasos iría **Cénit**, dirigida por Juan Andrade, que nació con el propósito de publicar lo más relevante del pensamiento contemporáneo. En ella aparecerían *El fuego* de Henri Barbusse, *Los que teníamos doce años* de Glaeser, *El sargento Grischa* de Arnold Zweig, *Cuatro de Infantería* de Johannsen e *Imán* de Sender, entre otras. *Sin novedad en el frente* de Remarque se publicaría en la editorial **España**, que había nacido al calor de la revista del mismo nombre, tirándose nueve ediciones en un solo año con una venta total de 106.000 ejemplares, lo que constituía un auténtico éxito para la época<sup>6</sup>. Más tarde se fundarían otras editoriales como **Uli-ses**, al disgregarse **Oriente**; **Zeus**, desgajada del grupo de **Cénit**; o **Ede-ya**, en Barcelona. La labor de estas editoriales hay que subrayarla como

---

<sup>4</sup> Vid. E. MONTERO, prólogo citado, pág. IX.

<sup>5</sup> *Ibidem*.

<sup>6</sup> Vid. J. ESTEBAN, art. cit. *supra*.

uno de los factores que coadyuvaron a la toma de conciencia del intelectual español y a la difusión de los ideales pacifistas.

Sin embargo, es preciso reconocer que en este terreno como en otros muchos, el ejemplo francés planeó también sobre la intelectualidad española. En efecto, a finales de 1932 se había constituido en Valencia la primera sección española de la AEAR francesa. Adoptó el nombre de "Unión de Escritores y Artistas Proletarios", al negarse el gobernador de Valencia a aceptar el término "revolucionarios" para legalizar la nueva asociación. Así vino a llamarse UEAP, a pesar de que como reconoce Josep Renau, uno de sus miembros más activos, "por entonces no contábamos ni con un sólo escritor o artista realmente proletarios"<sup>7</sup>. Al cabo de un año, la nueva asociación tenía unos setenta afiliados valencianos de distinto matiz ideológico. Esta heterogeneidad de afiliación es una de las características que definen el compromiso de los intelectuales españoles, a pesar de que ha solido exagerarse el protagonismo comunista tanto en las empresas editoriales como en las revistas, con vocación proletaria, que aparecerían más tarde.

Llegados a este punto conviene hacer un breve repaso a estas publicaciones que, aunque no de gran tirada, sí pueden considerarse de difusión fundamentalmente proletaria, y que en todo caso jugaron, junto con las editoriales mencionadas, un papel de avanzada en la difusión de la literatura de guerra y de los ideales pacifistas en los medios obreros e intelectuales españoles. Una de las pioneras fue *Nueva España* (enero 1930-junio 1931), dirigida por Antonio Espina, José Díaz Fernández y Antonio Salazar (éste último abandonaría a partir del número 3 por discrepar del tono radical de la revista). Aunque no tenía, a pesar de ello, la orientación específicamente "revolucionaria" que tendrían después *Octubre* o *Nueva Cultura*, constituyó un eslabón primordial en la cadena que conduciría al compromiso de la intelectualidad española de izquierdas. En ella aparecen ya los temas en que más tarde ahondarían las demás, tales como la atención a la Unión Soviética o la reacción contra los escritores fascistas o fascizantes<sup>8</sup>. En esta misma línea, aunque con un contenido específicamente anticlerical, cabe citar a la madrileña *Sin Dios*, cuyo primer número apareció el 12 de noviembre de 1932, con el subtítulo de "órgano mensual de la Atea, filial de la Internacional de Librepensadores proletarios y revolucionarios". Esta definición expresa no impedía que, como consecuencia de su relación directa con una organización de inspiración soviética, incluyese

---

<sup>7</sup> J. RENAU, prólogo a la edición facsímil de *Nueva cultura*, 1975-76, pág. XVIII.

<sup>8</sup> JOSÉ DÍAZ FERNÁNDEZ en su libro *El nuevo romanticismo*, Zeus, Madrid, 1930, 219 págs., había detallado los motivos y características de la nueva actitud.

las consabidas consignas contra la guerra imperialista y por la defensa de la URSS. Pero será en *Octubre* (junio-julio 1933-abril 1934), la revista de Rafael Alberti y M.<sup>a</sup> Teresa León, donde se desarrolle de manera específica el compromiso de los intelectuales españoles.

*Octubre* dedica su número inaugural al antifascismo, consigna que aparecerá unida desde entonces a las habituales de la lucha contra la guerra y por la defensa de la URSS. A las alturas de 1933 el fascismo se perfilaba ya como una amenaza evidente para la paz, y para la Unión Soviética —no hay que olvidar que Hitler en *Mein Kampf* había expuesto claramente sus intenciones expansionistas a costa de Rusia. Dos años después la invasión italiana de Abisinia confirmaría la ecuación fascismo igual a guerra que había presidido desde su aparición la relación de los intelectuales de izquierda con el fascismo internacional. A pesar de su orientación expresamente prosoviética, *Octubre* no era una revista afiliada al PCE, aunque en sus páginas escribiesen también intelectuales comunistas. Con todo, *Octubre* representa, tal vez mejor que ninguna otra, la índole del compromiso de los intelectuales españoles, en la línea de la AEAR francesa, es decir, simpatizantes pero no militantes del PC. Habrá que esperar a enero de 1935, fecha en que aparece el primer número de la valenciana *Nueva Cultura*, para contar con una revista de intelectuales españoles realmente vinculada al PCE. Su director, Josep Renau, ya había ensayado su compromiso colaborando con algunos amigos anarquistas en la efímera revista *Proa* (fines de 1929-principios de 1930), y en *Orto*. *Orto* precisamente puede citarse como un ejemplo significativo de que el compromiso pacifista no fue exclusivo de los comunistas. *Orto* (marzo 1932-enero 1934) era una revista anarcosindicalista de periodicidad mensual, dirigida por Marín Civera, que aunque dedicaba mayoritariamente su atención a temas de carácter libertario, contenía claramente propaganda pacifista.

Refirámonos para terminar a otra parcela propagandística: el cine. En efecto, a la labor de editoriales y revistas en la lucha contra la guerra hay que añadir la del cine que ya se había revelado como un excelente medio de difusión ideológica. Aunque en España la industria cinematográfica era muy incipiente y estaba dominada por compañías comerciales como Cifesa o Filmófono, de los Urgoiti, su mera existencia había permitido la aparición de una revista, *Nuestro Cinema* (1932-33; 1935), dirigida por Juan Piqueras, y netamente vinculada al cine revolucionario, en la línea de la AEAR francesa. La revista, como ha subrayado Mainer<sup>9</sup>, puede conside-

---

<sup>9</sup> Vid. J.C. MAINER BAQUE, *Historia de España*, dirigida por Manuel Tuñón de Lara, Labor, Barcelona, 1981, tomo IX, pág. 582.

rarse prácticamente obra personal de su director que, al residir en París, gozaba de una plataforma excelente para observar las principales corrientes revolucionarias del cine europeo.

El cine, que trataba de incorporarse a la nueva frontera del arte proletario, sería también utilizado en la campaña pacifista. Los intelectuales revolucionarios se quejaban de que las grandes compañías norteamericanas: la Fox, la Paramount., no sólo se dedicaban a embrutecer a las masas sino que las engañaban presentando un mundo encantado en el que todo era blando y feliz <sup>10</sup>. Y cuando se ocupaban de temas bélicos mostraban una guerra edulcorada, explotando los sentimientos de heroísmo individual o la camaradería de las trincheras, ocultando la auténtica realidad: hambre, miseria, miedo, muerte. Tal era la tónica, en efecto, de las películas de guerra que, una vez levantada la censura impuesta por la contienda, habían llenado las pantallas. La novela de Remarque, *Sin novedad en el frente*, también sería llevada al cine pero tergiversada hasta el punto de que lo que era un libro alemán, un relato verídico sin apasionamiento patriótico —su éxito inicial se debió precisamente a que no ocultaba la responsabilidad alemana en el conflicto—, se había convertido en el cine en una presentación de la guerra como “un mal sin origen y sin fin, sin salida a ninguna solución, sin conclusiones de ningún orden”. Después vendrían otros filmes como “Cuatro de Infantería”, “Cruces de madera”, “El frente occidental de 1918”, etc., pero en todos ellos “los horrores de la guerra, gritados por el cine sonoro, dan una sensación de vacío y de repulsa ¿Por qué no decir también desde la pantalla dónde está el principio del mal de la guerra y el modo de combatirlo? Pero esto —concluía el crítico de *Octubre*— sería llegar al corazón de las casas productoras cinematográficas, a la razón capitalista de su existencia” <sup>11</sup>.

## **EL CONGRESO MUNDIAL CONTRA LA GUERRA: CONSIGNAS DEL PARTIDO**

Todos los años, desde el final de la primera guerra mundial, se había venido conmemorando el aniversario de su estallido, en un intento de recordar lo que no debía volver a producirse. En 1932, tras la crisis manchú-

---

<sup>10</sup> *Octubre*, n.º 1, junio-julio 1933, “Notas: Cinema, espejo del mundo”. En la misma revista (n.ºs 4 y 5, octubre-noviembre 1933) Alberti y M.ª Teresa León publican el “Manifiesto de la Asociación de Amigos de Nuestro Cinema”, en el que denuncian el monopolio capitalista sobre el cine. Lo firmaban, entre otros, Arconada, Joaquín Arderius, Ramón J. Sender, Antonio Olivares, Emilio Prados, José Plá y Beltrán y Josep Renau.

<sup>11</sup> “El cine y la propaganda de guerra”, *Octubre*, n.º 2, julio-agosto 1933.

riana, que asestó un primer golpe al sistema de garantías internacionales arbitrado desde Ginebra, y ante las dificultades con que se encontraban las negociaciones para el desarme, el movimiento pacifista internacional decidió conferir al aniversario un significado especial, convocándose en agosto un Congreso mundial contra la guerra.

La reunión tuvo lugar finalmente en Amsterdam. Se habían barajado varias sedes, entre ellas Ginebra e Inglaterra, pero el Gobierno cantonal suizo denegó el permiso por considerar como “elementos subversivos” a “algunos de los miembros del Comité de Iniciativa”<sup>12</sup>, y el británico comunicó que no garantizaba la entrada y salida de los delegados en territorio inglés, lo que equivalía a una negativa. En vista de ello, acabó aceptándose el ofrecimiento del Gobierno holandés —también se habían ofrecido la municipalidad de Estrasburgo y el Estado libre de Irlanda— y la reunión se celebró en Amsterdam. La iniciativa, en efecto, había levantado ciertas suspicacias por adivinarse tras ella las directrices de la Internacional comunista. No obstante, al Congreso, cuya sesión inaugural se celebró el 27 de agosto en el palacio de Egmont bajo la presidencia de Henri Barbusse, asistieron obreros, intelectuales, partidos y organizaciones de diverso matiz ideológico: comunistas, trotskistas, autonomistas alsacianos, pacifistas liberales, sindicalistas revolucionarios, etc. Se notó la ausencia de Romain Rolland que no pudo acudir por motivos de salud, pero envió un mensaje, leído en el Congreso, que condensa el espíritu que lo presidió: “cada uno de vosotros tiene su doctrina y su táctica que no discutiremos. Lo que nos importa es la “¡Guerra a la Guerra!”. Dentro de una acción general, caben todas las tácticas, si convergen hacia un mismo punto”<sup>13</sup>.

Durante los dos días que duraron las sesiones se pronunciaron muchos discursos pacifistas y se apuntaron diversos remedios. Las propuestas comunistas, en la línea de la Komintern, se mezclaron con las de los congresistas no comunistas entre las que destacó, como nota exótica, la intervención del líder nacionalista hindú Valabhi Patel, defensor de la no violencia según la doctrina de Gandhi y opuesto a las concepciones anti-capitalistas del movimiento revolucionario internacional. Hablaron también destacados intelectuales como Albert Einstein o el novelista danés Karin Michaëlis, que insistió en la responsabilidad de los educadores en la formación de una conciencia antibélica; pacifistas como Otto Lehmann, y también socialistas franceses, suizos y belgas, aunque la Internacional Socialista recomendó abstenerse oficialmente de las decisiones del Congre-

<sup>12</sup> Vid. *¡Abajo la guerra!*, órgano mensual del Comité Español de Lucha contra la Guerra, n.º 1, 16 de agosto de 1932.

<sup>13</sup> Cit. en Orto, n.º 8, octubre 1932, “Contra la guerra en Amsterdam”.



so. Hubo, en fin, más de 1.200 delegados de todos los países y de todas las tendencias políticas. Alberti y M.<sup>a</sup> Teresa León también estuvieron presentes.

En el acto de clausura se constituyó un Comité Internacional Permanente para luchar contra la guerra en el que figuraban Máximo Gorki, que no pudo asistir personalmente por no conseguir, como otros delegados soviéticos, la autorización para pasar la frontera; Barbusse y Romain Rolland (Francia); Heinrich Mann y Albert Einstein (Alemania); Bertrand Russell (Inglaterra); John dos Passos y Upton Sinclair (USA); el líder nacionalista hindú Valabhi Patel y la viuda de Sun-Yat-Sen, entre otros. Por España, figuraban Valle-Inclán y Ramón Franco (*sic*). También había representantes de Irlanda, Bélgica, Holanda, Escandinavia, Austria, Hungría, Rumanía, América Latina, Japón y Australia.

A pesar de las reticencias, la convocatoria del Congreso constituyó una llamada de atención sobre el problema de la guerra que tuvo considerable resonancia en toda Europa. En España, la reacción que provoca en los medios políticos y periodísticos es buena prueba de que, a pesar de la monopolización comunista, el llamamiento de Romain Rolland: “¡Unámonos contra la guerra!” no había pasado desapercibido. *Heraldo*, por ejemplo, lo publicó en primera página<sup>14</sup>. No obstante, la respuesta formal surgió también de medios comunistas. En junio de 1932 se había constituido en Madrid el Comité español de lucha contra la guerra, afiliado al PCE, que publicaría el 16 de agosto el primer número de su boletín *¡Abajo la guerra!*. El partido comunista español, recientemente reafirmado en su adhesión incondicional a las pautas de la III Internacional tras la expulsión del grupo Bullejos-Adame-Trilla, destacará en la actividad propagandística —bulliciosa y vocinglera— contra la guerra imperialista y por la defensa de la URSS. Con todo, como decíamos, el pacifismo no será ni mucho menos exclusivo de los comunistas. La postura de los socialistas sería, no obstante, cautelosa. La Internacional Socialista había aconsejado a sus secciones que se mantuvieran al margen de un movimiento que se suponía impulsado por los comunistas<sup>15</sup>. No hubo representantes del socialismo español en Amsterdam, aunque *El Socialista* publicó un número extra contra la guerra que pretendía mostrar su adhesión al movimiento pacifista internacional. De hecho, los socialistas españoles lo veían con simpatía y también la campaña de la izquierda francesa (acababan de firmarse los acuerdos de Lausana) en pro de la paz. No querían parecer obstruccionis-

<sup>14</sup> *Heraldo de Madrid*, 21 de junio de 1932. También aparece información en *El Socialista*, 30 de julio de 1932 y en *Orto* n.º 5 y 6 (julio, agosto de 1932).

<sup>15</sup> “Una circular de la Internacional. El Congreso Mundial contra la Guerra”, *El Socialista*, 30.VII.1932.

tas pero temían que su adhesión fuera interpretada como un peligroso acercamiento al comunismo. El número especial (6 de agosto de 1932), ampliamente anunciado en las páginas del órgano oficial del PSOE, ofrecía un amplio muestreo del problema de la guerra pretendiendo abarcarlo en todos sus aspectos. En él colaboraron, junto a la plana mayor del socialismo español (Prieto, Araquistain, Ramos Oliveira), periodistas (Corpus Barga, Cruz Salido, Julián Zugazagoitia) y escritores (Antonio Espina, Benjamín Jarnés). Aparecía también un artículo de Margarita Nelken, otro del Dr. Marañón e incluso una colaboración del líder francés Leon Blum.

El contenido del *extra* revela, por otra parte, un plan preconcebido y una escala de objetivos que responden racionalmente a los presupuestos ideológicos del socialismo español. En un primer grupo, se presentaban las consecuencias de la guerra, sus horrores, sus lacras, con numeroso material gráfico que hacía hincapié en aquellos aspectos más dramáticos: destrucción, muerte, miseria moral y material, para concluir subrayando los efectos aún peores que produciría una nueva guerra como consecuencia del empleo de las nuevas técnicas, armas y tácticas aplicadas a la destrucción. En segundo lugar, se analizaban sus causas: el capitalismo, el nacionalismo exacerbado, los intereses económicos de las clases dirigentes y de los Gobiernos, la complicidad de las instituciones (Estado, Iglesia..). Y, finalmente, en función de las causas, se señalaban los remedios: el socialismo que destruiría al capitalismo. Pero mientras esto ocurría, y aquí aparece el elemento contemporizador, era inevitable recurrir a los medios con que se contaba: la política activa y los organismos internacionales. Aunque se insistía en la necesidad de imbuir el pacifismo a la infancia, mediante la educación, y en la colaboración de todas las fuerzas de la sociedad: la mujer, los medios de comunicación, los profesionales de la enseñanza y la medicina, e incluso se justificaba la objeción de conciencia, no dejaba de tratarse el tema en sus aspectos externos sin aludir en ningún momento a peticiones concretas (reducción del Ejército, política de defensa) que podrían haber conferido al *extra* un tono más radical. No se pensaba todavía en una guerra española, ni siquiera europea a corto plazo —el límite se situaba siempre en torno a los años 40—, y el esfuerzo propagandístico se limitaba a un recordatorio de los horrores de la guerra pasada.

A los recuerdos de 1914 remitían, en efecto, los artículos de Corpus Barga, corresponsal en Verdún <sup>16</sup>, y de Indalecio Prieto <sup>17</sup> que describía las

---

<sup>16</sup> CORPUS BARGA, "Verdún. Recuerdos de un corresponsal de la Gran Guerra", *El Socialista* (extra contra la guerra), 6 de agosto de 1932.

<sup>17</sup> I. PRIETO, "La guerra en la ciudad".

consecuencias de un bombardeo en París, dónde se hallaba como emigrado político tras las huelga de 1917. Casas destruidas, cadáveres descuartizados: aquéllas eran las consecuencias de una guerra entre países civilizados que alcanzaban también a la población civil. No se olvidaban tampoco las consecuencias humanas: los campos de concentración, donde se convertía al soldado en una piltrafa humana <sup>18</sup>; el hambre en la retaguardia, la prostitución moral a que conducía <sup>19</sup>; ni la referencia a las guerras particulares, los ejemplos de Cuba y Marruecos <sup>20</sup>. En general, el número rezumaba un cierto aire melodramático apelando, por ejemplo, a los sentimientos maternos, al dolor de la mujer que entregaba el fruto de sus entrañas a la bestia feroz. El material gráfico, procedente en su mayoría de la primera guerra mundial, incidía en los aspectos más trágicos si bien el extra resultaba, en este sentido, sumamente pedagógico, denotando que los promotores conocían bien a su auditorio. Todo ello culminaba con la advertencia de que todos estos horrores —descritos con técnica remarquiana— se verían incrementados y superados en la guerra futura con el empleo de nuevas armas: la aviación, los gases; de nuevas técnicas y descubrimientos cuya aplicación a la destrucción de la humanidad había cubierto a la ciencia de ignominia <sup>21</sup>.

Y de todo ello, sólo existía un culpable: el capitalismo. Ya nadie creía en la responsabilidad exclusiva de Alemania en la última guerra. Todos los Gobiernos, todos los jefes de Estado, los políticos, los diplomáticos y los grandes negociantes fueron culpables. La guerra era ante todo un gran negocio y el arma última de las apetencias imperialistas. La guerra era la consecuencia pero su raíz era el sistema capitalista que la provocaba con sus contradicciones internas y su rapacidad imperialista <sup>22</sup>. Pero además la guerra era un instrumento de clase: si se aboliera la explotación del hombre por el hombre, se aboliría también la explotación de un pueblo por otro pueblo. Por eso la única alternativa era el socialismo, que destruiría el mal en su raíz. Pero mientras llegaba, era necesario utilizar todos los recursos, llamar a todas las puertas y apelar a todas las conciencias para que naciera y se extendiera una verdadera movilización pacifista.

En esta labor había de comenzarse por la infancia y, en consecuencia se subrayaba el papel de la educación. Rodolfo Llopis, director general de

---

<sup>18</sup> J. M. AGUIRRE, "El reverso de la guerra. Los campamentos de concentración de prisioneros".

<sup>19</sup> J. ZUGAZAGOITIA, "Lejos de las trincheras".

<sup>20</sup> J. J. MORATO, "¡Que no se olvide!" y T. MENDIVE, "El soldado muy conocido".

<sup>21</sup> S. F., "La guerra química".

<sup>22</sup> I. ABEYTUA, "Los responsables de la catástrofe"; T. ECHEBARRIA, "El mito de la guerra"; y P. FAURE, "La industria de la muerte".

Primera Enseñanza, se había ocupado específicamente de este tema en un folleto de reciente publicación que remitía al ejemplo soviético<sup>23</sup>. En el extra publicaba un artículo en el que subrayaba cómo la Constitución republicana recomendaba al maestro que inspirase su actividad en ideales de solidaridad, evitando explicaciones maniqueas que fomentasen la rivalidad entre las naciones<sup>24</sup>. Llopis aseguraba que el Ministerio de Instrucción Pública había comenzado a revisar los libros de texto, aunque en el mismo número Federico Landrove Muiño le recordaba que esta disposición de ánimo debería complementarse con la redacción de una disposición legal sobre la enseñanza de la Historia<sup>25</sup>. También se recalca el papel de la mujer con una colaboración de Margarita Nelken en la que se resaltaba, frente a los viejos ideales de sacrificio heroico, el valor que requería “proclamar con orgullo que (la mujer) hizo desertar a su compañero o a su hijo”. “Es preciso —continuaba— que sepan las mujeres, que se les diga y se les repita sin cesar, que su primer deber frente al hijo es el de guardarle idealmente, como lo tuvo realmente guardado en sus entrañas, y que el amor de mujer sólo se supera siendo, en el sentido más instintivo, más animal de la palabra, amor de madre”. “Sólo hay un medio —concluía— de declarar la guerra a la guerra: abrir grandes los brazos de las mujeres, para que los cierren, con toda la fuerza de su instinto de hembras, sobre sus hijos y sus compañeros”<sup>26</sup>.

La panorámica se cerraba con el testimonio de un objetor de conciencia, René Gerín, que había publicado varias obras en las que se hacía compartir la responsabilidad de la Primera Guerra mundial a todas las naciones beligerantes —incluida Francia—. Su autor había saltado nuevamente a la actualidad por haber dirigido una carta al ministro de Defensa francés, Paul Boncour, defendiendo la objeción de conciencia. Si todos los hombres, convencidos de la inutilidad de las guerras y de que no hay ninguna “justa”, fueran capaces de negarse al unísono a ir al combate, el mal quedaría erradicado para siempre<sup>27</sup>. El extra terminaba apelando a educadores, científicos, intelectuales, a los medios de comunicación, a los Gobiernos y a los Organismos internacionales para que colaborasen en la creación de la conciencia pacifista. La República, aseguraba, también trabaja por la paz: ha renunciado a la guerra en su Constitución y está presente en los organismos internacionales. Pero, concluía, la gran

<sup>23</sup> R. LLOPIS FERRANDIZ, *El desarme moral*, Cuadernos de Cultura, Valencia, 1931, 42 págs.

<sup>24</sup> *Idem.*, “Desarme moral. Hay que destruir las causas”.

<sup>25</sup> F. LANDROVE MUIÑO, “Una colaboración inaplazable”.

<sup>26</sup> M. NELKEN, “El único medio”.

<sup>27</sup> “Una entrevista con el capitán de reserva René Gerín”. Gerín había publicado *Les responsabilités de la guerre: 14 questions par René Gerín. 14 réponses par Raymond Poincaré*, Paris, 1930 y *Comment fut provoquée la guerre de 1914*, Marcel Rivière, Paris, 1931.

obra pacifista había de ser la obra de los trabajadores, del proletariado internacional. Sólo ellos serían capaces de crear un verdadero internacionalismo que remontase los intereses de clase, de nación y de partido. A ellos se les encomendaba el futuro <sup>28</sup>.

A pesar del esfuerzo propagandístico, los socialistas no sólo se mantuvieron al margen del Congreso sino que acusaron a los comunistas de llevar a cabo una campaña vocinglera que no conducía a ninguna solución eficaz <sup>29</sup>. La aversión era recíproca y el órgano oficial del PCE acusaría a su vez a los socialistas de “palabras de paz, pero hechos de guerra” <sup>30</sup>, en clara alusión a su colaboración con la política militar de Azaña y la votación del presupuesto de Guerra. El llamamiento de Romain Rolland exacerbó las posturas y los comunistas españoles aprovecharon la convocatoria para iniciar una campaña activa contra la guerra y en defensa de la URSS, aspectos que para ellos iban indisolublemente unidos. Durante la primera semana de agosto se celebraron numerosos mítines contra la guerra, precedidos de una ruidosa manifestación que tuvo lugar el día 1. La cuestión derivó en ataques no sólo a la política interna de los socialistas, “socialfascistas” se les llamaba, que se habían negado a prestarles sus locales y habían aconsejado a las bases que no dieran su apoyo a un comité “manejado por los comunistas” <sup>31</sup>; sino también a los anarquistas, a los que acusaban de plantear el problema de la guerra “desde un punto de vista humanitario y sentimental” <sup>32</sup>. Para los comunistas había, en efecto, una premisa que se antepone a todas las demás: la guerra era un consecuencia inevitable de la crisis del capitalismo que iba a desembocar en una conjunción de las potencias imperialistas contra el único país en que había triunfado la revolución: la Unión Soviética. De ahí que su lucha contra la guerra llevase implícita la defensa de la URSS. En ese sentido orientaban toda su propaganda que incidía en tres puntos fundamentales: la lucha por conquistar la dirección del proletariado revolucionario, frente a los socialistas que colaboraban con los partidos burgueses; la lucha contra las burguesías nacionales, que preparaban la guerra contra la URSS; y la defensa de la patria del proletariado mundial, atacando, en el caso español, a los Gobiernos republicanos que no siquiera habían reconocido oficialmente al Estado soviético.

<sup>28</sup> M. CORDERO, “La única esperanza”; y A. ESPINA, “Conciencia pacifista”.

<sup>29</sup> “El extraordinario contra la guerra”, *El Socialista*, 5 de agosto de 1932.

<sup>30</sup> *Frente Rojo*, 30.VII.1932, “¿Qué pretenden los jefes socialistas?”

<sup>31</sup> *Frente Rojo*, 13.VIII.1932, “Los jefes socialistas y la guerra”.

<sup>32</sup> *Frente Rojo*, 30.VII.1932, “Los líderes anarquistas también son cómplices de la burguesía en la preparación de la guerra”.

Tales serían los argumentos expuestos en la Conferencia nacional contra la guerra que se celebró en Madrid el 20 y 21 de agosto de 1932. Los comunistas insistieron en que la próxima guerra sería una guerra de los Estados imperialistas contra la Unión Soviética y en que el Comité español y la Conferencia nacional debían encaminarse a la defensa de la URSS, transformando —según la consigna de Lenin— la guerra imperialista en guerra civil. En la conferencia se adoptaron los acuerdos que el Comité español llevaría al Congreso Mundial contra la Guerra, entre los que figuraban la necesidad de conseguir la desmilitarización de los obreros, la organización en todos los países de Comités contra la guerra y la decisión de boicotear el conflicto cuando estallase <sup>33</sup>.

Para los anarquistas, finalmente, la guerra también era la consecuencia última de la crisis capitalista, pero la forma de enfrentarse a ella no era aceptar un “colaboracionismo” con las instituciones internacionales (SDN) ni con los Gobiernos nacionales, caso de los socialistas; ni pregonar un pacifismo “belicista” (¡guerra a la guerra!), caso de los comunistas, que desembocaba en una defensa de la URSS. Los anarquistas se oponían al Estado y al capital, y en consecuencia, también al Estado soviético que desde su punto de vista no era más que una variante del capitalismo de Estado, una dictadura estatal <sup>34</sup>. En el pacifismo libertario aparecía además un componente anticlerical, acorde con la más genuina ortodoxia anarquista, en tanto Iglesia, Estado y Capital eran por excelencia los enemigos de clase <sup>35</sup>. En esta misma línea aparece la inevitable carga individualizadora, si no individualista, la utopía libertaria por excelencia: “el pacifismo activo tiene por punto de partida al individuo. Por medio de la resistencia individual, por la purificación voluntaria y lúcida, por la represión de los malos instintos y la denuncia de los errores colectivos, puede llegarse a realizar un **pacifismo moral** que, en la vida social, se manifiesta por el esfuerzo creador y por la ayuda recíproca” <sup>36</sup>.

No obstante, no se les escapaba que las nuevas condiciones de la guerra moderna exigían un compromiso colectivo. El proletariado debía prepararse para hacer frente, unido y organizado, a la movilización bélica en el momento en que se presentase. Así educado podría responder a la llamada guerrera con “la huelga general insurreccional y expropiadora, que haría imposible las hostilidades (y conseguiría) abrir las puertas a la revolución social” <sup>37</sup>. En este sentido, aparece una curiosa conclusión que sitúa

<sup>33</sup> *Frente Rojo*, 20.VIII.1932, “Conferencia Nacional contra la Guerra”.

<sup>34</sup> *Solidaridad Obrera*, 5.XI.1932, “Francia, Rusia y España”.

<sup>35</sup> C. BERNERI, “El cristianismo y la guerra”, *Solidaridad Obrera*, 3.II.1935.

<sup>36</sup> E. RELGIS, “Los caminos de la paz”, *Orto*, n.º 8, octubre 1932.

<sup>37</sup> P. BERNARD, “Contra la guerra que viene”, *Orto*, n.º 5, julio 1932.

a España en una coyuntura especial. La guerra, inevitable ante la crisis del capitalismo —punto en que coinciden con los comunistas—, podía reinvertirse en beneficio de la clase obrera, porque favorecería el advenimiento de la revolución libertaria. Y los pueblos oprimidos, como España, no irían a ella o lo harían con un propósito diferente al de sus Gobiernos: hacer la última de todas las guerras, la de los oprimidos contra los opresores<sup>38</sup>.

Finalmente, el pacifismo libertario tenía un componente claramente antisoviético. El Estado soviético había traicionado los ideales de la revolución de 1917: “la Revolución rusa despertó en el mundo una nueva esperanza, pero la evolución del Estado soviético la invalidó. La política del Estado mató el espíritu socialista y a los pocos años aquel gran país dejó de ser símbolo de la liberación para convertirse en ideal de burócratas. Hoy es una potencia imperialista en medio y junto a otras potencias imperialistas, que prepara la guerra como todos los Estados, que tiene tan poco que ver con el socialismo y con los ideales del proletariado como cualquier otro Estado”<sup>39</sup>.

Consecuentemente con estas ideas, los anarquistas, aunque hicieron como los demás su particular campaña pacifista, e incluso se habían adherido inicialmente el Comité Español de lucha contra la Guerra, pronto se abstuvieron, por considerar, como los socialistas, que estaba manejado por los comunistas. Una vez más, los intereses de partido prevalecieron frente a cualquier otra consideración.

---

<sup>38</sup> *Solidaridad Obrera*, 8.X.1932, “¿Guerra?”

<sup>39</sup> *Tiempos Nuevos*, II, 2, 1.VI.1935.